

**Francisco Reveles Vázquez (2011):
*¿Qué sabemos de los partidos políticos
en México?* México, Gernika / FCPyS-
UNAM. 287 págs.**

VÍCTOR ALARCÓN OLGUÍN*

245

La pregunta que da pie a la elaboración de este trabajo de Francisco Reveles es pertinente a partir de dos motivaciones concretas que se han manifestado a lo largo de los estudios existentes sobre el desempeño de los partidos y la construcción de las instituciones electorales en México. En primer lugar, pese a la inmensa cantidad de textos generados, no existe al presente un ejercicio de balance amplio acerca de las líneas metodológicas con que la politología local ha intentado abordar el desempeño y evolución histórica de los partidos políticos mexicanos desde el siglo pasado y si podemos llamarlos como tales.

En segundo término, a partir de situar de qué manera se han abordado dichos ejercicios, Reveles advierte que los partidos políticos mexicanos poseen áreas de análisis poco exploradas, como lo es abordar su entorno organizativo, lo cual contrasta sobremanera con la profusa atención otorgada de manera reciente a los aspectos electorales y la intervención de los medios, mientras que en un rango intermedio se puede resaltar el interés por líneas de investigación asociadas con los ámbitos legislativos y de gobierno en el cual se comienza a desplegar la acción de los partidos en el marco de la transición y la alternancia políticas.

De esta manera, cabe decir que este texto es un esfuerzo de elaboración e integración de elementos que han venido interesando al autor en obras previas, ya que por un lado, está la necesidad de poner a disposición de los estudiosos del tema de un compendio / listado básico sobre las fuentes de consulta académicas que no sólo son representativas

* UAM-Iztapalapa, Departamento de Sociología.

de un partido a lo largo de su historia, y al mismo tiempo, a través de informaciones sintéticas y contextuales ofrecidos por el autor sobre el surgimiento y definición de los principales partidos existentes hasta el presente, se realiza también un planteamiento valorativo respecto a la relación existente entre las mecánicas procesales que definen a la formación e institucionalización del sistema de partidos, así como la presencia y conocimiento de los actores partidarios individuales.

Esta perspectiva implica entonces que los partidos políticos mexicanos hoy pueden ser analizados en sus diversos niveles organizativos y territoriales, al mismo tiempo que pueden ubicarse rutas de identidad específica, como lo implica conocer sus documentos básicos y posicionamientos públicos, a los que por otra parte, cabe sumar los elementos testimoniales provenientes de sus militantes, líderes o candidatos, y con los cuales se tiene una primera línea de evaluación sobre su desempeño.

Sin embargo, el autor reconoce que persiste una importante disparidad en los enfoques e intereses aplicados, en tanto que a la fecha los partidos políticos son sólo conocidos desde sus instancias cupulares y centrales, siendo algo complicado hablar de sus trayectorias en los ámbitos locales. Tampoco existen estudios puntuales que nos hablen de las diferencias internas en términos de la construcción de la ideología o de los posicionamientos de los partidos tanto en relación con la agenda pública como en época de elecciones. Esto resalta de manera muy significativa al momento de hacer un balance sobre los trabajos realizados antes del inicio de la hegemonía posrevolucionaria, mismos que son contados y que se explican justamente por la falta de continuidad en las reglas y la inmensa cantidad de organizaciones existentes, lo cual no vendría a corregirse sino hasta 1946.

De forma más específica, el autor apunta al sobredimensionamiento que confiere atender a los partidos que mayor tiempo han permanecido dentro del escenario electoral como lo han implicado el otrora partido hegemónico en sus diversas versiones (PNR-PRM-PRI), a la par del estudio de la oposición de derecha (representada específicamente desde 1939 por el PAN y de manera paralela por otras agrupaciones menores que han intentado desafiar el control de dicho espacio, como ha ocurrido con las diversas versiones del movimiento sinarquista, como lo fueron los partidos Fuerza Popular, el Nacionalista Mexicano, o el Demócrata Mexicano / Alianza Social) y la de izquierda (que si bien ésta data for-

malmente a partir de la fundación del Partido Comunista Mexicano en 1919, hasta la extinción del mismo en 1982, estando sólo presentes los partidos satélite o comparsa como el PPS o el PARM), cuyas diferencias entre la llamada izquierda marxista-revolucionaria y la izquierda nacionalista-electoral de tipo socialdemócrata terminaron por fusionarse en una amalgama ideológica que hoy conjuga los elementos clásicos del anti-imperialismo yanqui, la renuncia explícita a la ruta de la violencia como medio de adquisición del poder político, y al mismo tiempo implica la defensa de las estrategias asociadas con la lucha y vindicación de la movilidad social a través de la acción estatal y la existencia de un modelo de economía mixta, si bien ello no deja de lado el uso de la retórica de corte populista e incluso asociada con el caudillismo político como medio providencial de apoyo y confianza a los propios liderazgos sociales, mismos que terminan por implementar estrategias de control e intercambio político con las masas de tipo clientelar y / o corporativo.

Esta ponderación hace ver al autor una diferencia esencial respecto a cómo abordar el estudio de los partidos en el marco de la llamada transición política hacia la democracia. En un sentido estricto, en México se han desarrollado elecciones de manera ininterrumpida desde 1934, pero es de todos sabido que si bien nunca se cerró el ejercicio de la competencia formal, las condiciones de equidad y alternancia eran mínimas debido al modelo de control de registros a los partidos, así como un esquema de calificación de las elecciones alojado en el Poder Legislativo y que a su vez impedía la intervención de las instancias judiciales. Como consecuencia, el desplome del sistema se dio esencialmente en la medida que las opciones de cooptación (tales como la creación de los “diputados de partido” en los años sesenta y setenta) terminaron por agotarse, dando así paso a la acción colectiva de los movimientos sociales extra-partidarios, que dieron incluso como resultado el uso de la represión en coyunturas extremas como 1968.

La victoria de un candidato prácticamente único en 1976 determinó que se tuviera que plantear una nueva versión del sistema partidario y electoral permitiendo la inclusión de fuerzas “exógenas” que dieran una mayor autenticidad a la competencia, pero sin poner en riesgo al dominio del partido hegemónico o la clase política en general.

Sólo en la medida que se presenta la crisis económica de los años ochenta, el paraguas ideológico de la Revolución deja de cubrir a todos

248) por igual y se produce entonces una ruptura desde el interior del poder, con lo que el sistema electoral y partidario sufre una severa crisis interna con los comicios de 1988, los cuales son catalogados por el autor como la verdadera entrada al realineamiento de las preferencias electorales y que justo se manifiesta con la formación del PRD al año siguiente, abriéndose así el abanico de opciones que han terminado por consolidar a los tres grandes anclajes en donde se sustenta hoy en día el esquema de competencia actual, si bien a lo largo de los últimos 20 años se puede dar cuenta del desempeño de una cantidad nada despreciable de partidos que han participado con la expectativa de mantenerse dentro del escenario electoral, siendo particularmente relevantes los casos del PT y el PVEM, mismos que se complementan con partidos más recientes (formados en la última década) como lo son el Movimiento Ciudadano (ex Convergencia) y Nueva Alianza, actores por lo demás ciertamente inexistentes en la mira de los académicos, quienes apenas han generado trabajos muy recientes en el plano de tesis universitarias respecto a su conocimiento y trayectorias específicas.

Esto abre en perspectiva retos muy importantes sobre los cuales se debe reflexionar a partir de lo señalado por el autor. Particularmente resalta la pregunta de cómo se podrá abordar el estudio de los partidos en condiciones de información amplia disponible en espacios como el internet, los medios audiovisuales y las redes sociales, mismas que dejan en un segundo plano a las fuentes biblio-hemerográficas o a los archivos personales. De igual manera, la preservación de la documentación general de los partidos nos muestra la importancia e interés que los partidos deberían mostrar en el asunto y que ésta pasara de manera inmediata a los archivos públicos de carácter nacional y / o estatal (mismos que deberían tener igual respaldo de los institutos electorales y de transparencia) en el sentido de que se destinen recursos económicos concretos para la debida conservación y posterior estudio con fines académicos. Cuando uno se pone a pensar en estos temas, más resalta entonces la importancia de un texto como el que se tiene aquí la oportunidad de comentar.

Para concluir estas líneas, uno podría decir que el libro de Francisco Reveles Vázquez posee una virtud que implica un reto general para los estudiosos de la ciencia política. Es un libro que siempre tendrá la necesidad de verse retroalimentado y actualizado de manera recurrente, lo cual hace sugerir la creación de un sitio web donde en tiempo real,

los estudiantes e investigadores mandemos al menos la referencia de los libros, tesis y / o artículos que vayan apareciendo a efecto de tener un banco de datos dinámico y útil en todo momento para los propios interesados en la materia.

No obstante lo anterior, la generación de trabajos como éste son y seguirán siendo una fuente invaluable de estudio, ya que nos ofrecen una radiografía que justamente debemos aprender a refinar con más y mejores instrumentos analíticos, pero también con el desarrollo de mayor cooperación institucional particularmente entre los especialistas nacionales, quienes en los últimos años hemos venido logrando agendas cada vez más propias y que no sigan dejando este campo a las investigaciones o los enfoques venidos desde el extranjero. Poder lograr un auto-conocimiento que complemente los aportes venidos o asimilados hasta ahora desde afuera, será sin duda un paso más para la cabal institucionalización de la ciencia política mexicana.